

ORIGINALS

El presente número de nuestra Revista se honra con la publicación, en primer lugar, de un artículo del eximio historiador Don PEDRO LAIN ENTRALGO, bajo el título "CAJAL EN BARCELONA (1887-1892)".

Don PEDRO LAIN, además de muy distinguido miembro de las más altas Academias Nacionales, es Académico de Honor de nuestra Real Acadèmia de Medicina de Barcelona y, con el artículo hoy publicado, ha tenido la gentileza de contribuir a celebrar el centenario de los descubrimientos de CAJAL en Barcelona, cuya conmemoración se anunció en nuestra REVISTA (editorial en pág. 131, vol.3, 1988).

Si 1888 fue el "año cumbre" de los descubrimientos de CAJAL sobre la neurona, el año 1889 fue el de la presentación de dichos descubrimientos ante el mundo científico internacional, al darlos a conocer nuestro sabio en el Congreso Anatómico de Berlín, celebrado en octubre de aquel año.

Que el eco internacional de los descubrimientos de CAJAL perdura y resuena todavía en la actualidad, lo confirma la reciente publicación de "GENES, CELLS and ORGANISMS. Great Books in Experimental Biology" (v. referencia en la sección "Llibres publicats" de este número). Entre los 17 libros de la serie figura "Recollections of my life" de SANTIAGO RAMON Y CAJAL, traducción al inglés de "Recuerdos de mi vida", cuya agotada edición (Philadelphia, 1937) se ha considerado ahora digna de reedición (Garland Publishing Inc., New York and London, 1988).

Con la publicación del artículo de nuestro Muy Ilustre Académico de Honor Don PEDRO LAIN ENTRALGO culmina en nuestra Revista la conmemoración de los descubrimientos de CAJAL en Barcelona.

CAJAL EN BARCELONA (1887-1892)

Pedro Laín Entralgo

Académico de Honor. Departamento de Historia de la Medicina. Universidad Complutense de Madrid

Cien años después de que Cajal —estudiando micrográficamente el cerebelo, la retina y las terminaciones del nervio en el músculo— llevara a cabo los descubrimientos que pronto iban a darle renombre universal, ¿cómo vemos nosotros al hombre que entre 1888 y 1889 estaba haciendo esos descubrimientos?

Daré mi respuesta distinguiendo en él, en el Cajal de los años 1888 y 1889, los tres motivos que se integraban en su persona y en su conducta: el hombre, el sabio y el español.

EL HOMBRE

Llega Cajal a Barcelona a los 35 años. Su haber intelectual lo forman una excelente formación anatómica, una incipiente formación micrográfica —Simarro acaba de enseñarle el método de tinción de Golgi—, una gran ambición de obra personal y una enorme voluntad para lograrla. Una familia que va creciendo, un ingenuo y vehemente amor a España y el amargo recuerdo de su experiencia médica y militar en Cuba constituyen el núcleo de su haber sentimental. Una garta experiencia nueva —su contacto con el claustro de su nueva facultad y el descubrimiento de una gran ciudad, Barcelona— va a añadirse a ese diverso haber.

De sus compañeros de Facultad nombrará con elogio al obstetra Rull, a Campá, a los anatomistas Batlles y Silóniz, al fisiólogo Coll y Pujol, al primero de los Pi i Sunyer, “maestro de Patología general y una de las cabezas más reflexivas y equilibradas de la Facultad”, a Giné i Partagás, al médi-

co-legista Valentí, a Morales, “prestigioso cirujano andaluz”, a Robert, “clínico eminente y luchador de palabra precisa”, al simpático Bonet. No en la Facultad, sino en el Hospital de la Santa Cruz, brillaban por entonces dos Barraquer, Juan Antonio, el gran oftalmólogo, y Luis, fundador en España de la neurología como especialidad médica. En la **Gaceta Médica Catalana** encontró cauce adecuado para algunos de sus primeros trabajos neurohistológicos. Entre sus discípulos de aquellos años recordará a Durán i Ventosa, Pi i Gilbert, Gil Sator, Bofill y Sala Pons.

Sobre su actividad científica y docente en Barcelona, la mejor información sigue siendo el relato del propio Cajal en **“Recuerdos de mi vida”**. Una lápida colocada por iniciativa mía y gestión de Felip Cid en la casa n.º 7 de la Calle del Notariado da perdurable testimonio de la importante hazaña científica que en ella tuvo lugar.

En todos los sentidos fue grata para Cajal su estancia en Barcelona. Científicamente, porque en ella realizó sus más fundamentales y decisivos hallazgos neurohistológicos —“mi año cumbre, mi año de fortuna”, llamará treinta más tarde al de 1888— y porque en Barcelona encontró excelentes discípulos y buenos compañeros. Humanamente —si es que en un verdadero sabio se puede separar lo científico de lo humano—, porque la ciudad fue grata para él, tanto en el conjunto de su vida como en el animado microcosmo de ella que para Cajal fue la tertulia de “La Pajarera”, un café de la Plaza de Cataluña.

Le gusta la vida barcelonesa, y por extensión el carácter catalán: su seriedad, su

laboriosidad, su pactismo, su ironía. Elogia textualmente “la proverbial cortesía catalana”, y añade: “Pasa el catalán por ser un tanto brusco y excesivamente reservado con los forasteros, pero le adornan dos cualidades preciosas: siente y practica fervorosamente la doble virtud del trabajo y de la economía, y acaso por esto mismo evita rencillas y cominerías y respeta religiosamente el tiempo de los demás”.

No resisto la tentación de copiar la anécdota que como admirador y gozador de la ironía catalana, tan complacidamente recordaba Cajal: “Despedían en la estación al travieso Romero Robledo varios acompañantes, entre ellos el diputado Sol y Ortega y el abogado Pablo Calvell. Llegado el apretón de manos, el famoso **leader** republicano fingió sacar una tarjeta. De pronto exclamó: —¡Calle!... No llevo ninguna. No importa. Dada mi popularidad, cuando usted necesite algo de mí, le bastará escribir en el sobre. **Sol, en Barcelona.** Y llegará la carta”.

Entonces el socarrón de su compañero, a quien había molestado la propopeya de Sol y Ortega, reprodujo el mismo gesto y exclamó: —¡Qué casualidad! Tampoco yo llevo tarjetas. Afortunadamente soy también un personaje. Si alguna vez me honra escribiéndome, he aquí mis señas: **Pau. Vía Láctea.** Y la carta llegará”.

Con esta preciosa anécdota, tan expresiva de la ironía catalana, cierra Cajal su recuerdo de la tertulia barcelonesa a que concurrían el físico Lozano, el cosmógrafo Castro Pulido, Villafañe, autor de una estrafalaria teoría filosófica sobre el “átomo pensante”, el químico Victorino García de la Cruz, el latinista Soriano, el historiador Schwarz, el fabricante Sedó, el abogado Calvell, el naturista Odón de Buen.

Este era el hombre que en 1887 llegó a Barcelona dispuesto a comerse el mundo —científicamente, claro está—, y éste el medio humano que en Barcelona encontró.

EL SABIO

Con Cajal llegó a Barcelona un aspirante a sabio. Cinco años después, de Barcelona

salía hacia Madrid un sabio hecho y derecho. Cuando dejó Barcelona, ¿qué era, cómo era, un tanto que sabio, el hombre Cajal?

Sabio **in genere** es, en el sentido actual del término, un hombre que explora con eminencia una parcela de la realidad para conocerla mejor. A tal fin hace preguntas oportunas a la realidad por él observada, y metódicamente trata de encontrar para ellas respuestas válidas, sabiendo muy bien que cada respuesta obtenida es tan sólo provisional, porque muy pronto conduce a la formulación de nuevas interrogaciones. Así demuestra el sabio —dirá el propio Cajal— que “ha sabido ver las cosas por primera vez”, y pone en renovada y personal evidencia la profunda verdad formulada por el filósofo Heidegger: que la pregunta es para el hombre la forma suprema del saber, esa a que se llega cuando se la formula sabiendo que como tal pregunta no tiene y no puede tener una respuesta real y verdaderamente **científica**.

Se trata ahora de saber cómo fue sabio el sabio Cajal, cómo llegó a formularse preguntas oportunas ante la realidad del tejido nervioso y a encontrar para ellas respuestas válidas.

Si en verdad se quiere conocer con profundidad suficiente la obra de nuestro gran sabio, lo primero que debe decirse es que el nervio de su dedicación a ese tema fue, inicialmente, la utopía. Una utopía a la vez filosófica (conocer cuál es el fundamento real del acto de decir “yo”. Tal fue la clave de sus lecturas filosóficas en sus años de estudiante: “El gallardo idealismo de Berkeley y Fichte teníanme cautivado”, escribirá años más tarde), científica (obtener un conocimiento satisfactorio de la actualidad cerebral en los procesos mentales y volitivos: “El problema me atraía irresistiblemente... Conocer el cerebro —me decía— equivale a conocer el cauce material del pensamiento y la voluntad”. Igual sentido tuvo, en cuanto empresa científica, su pasajera dedicación valenciana al hipnotismo) y aventurera (explorar paisajes nunca hollados por la mirada del hombre: “Me devora la sed insaciable de emociones novísimas —decía Cajal a su compañero y

amigo Cenarro, apenas concluida su licenciatura en Medicina—. Mi ideal es América, y singularmente la América tropical, esa tierra de maravillas...”).

Así era el hombre —el futuro sabio— que en 1887 llegó a Barcelona. Ese mismo año había aprendido de Simarro el método de tinción de Golgi. Apenas instalado en su primer domicilio barcelonés, calle de la Riera Alta, febrilmente aplicará ese método al estudio del cerebelo, lo modificará ventajosamente e iniciará la espléndida serie de descubrimientos y doctrinas que le han immortalizado. Fue para ello esencial su idea de asociar a ese fecundo método tintorial —“doble impregnación” con nitrato de plata y bicromato potásico— otro de carácter más intelectual, que él llamó “método ontogénico o embriológico”: el empleo de embriones jóvenes como más favorable objeto de estudio. En el recuerdo de la ley biogenética fundamental o de Haeckel —que él había conocido con motivo de la preparación de sus segundas oposiciones a una cátedra de Anatomía— tuvo su base la idea de recurrir a los embriones jóvenes, como organismos en que la organización del sistema nervioso todavía está constituyéndose.

Puesto que lo que ahora estamos conmemorando es la obra de Cajal en los años 1888 y 1889, nada mejor que transcribir el relato que él mismo hizo de sus primeros descubrimientos:

“Mis estudios sobre la estructura del cerebelo iniciáronse en las aves jóvenes y adultas; siguiendo luego los referentes al cerebelo de los mamíferos. Dos memorias consagrados a este fecundo tema.

En la primera, publicada en mayo de 1888, constan ya los principales hechos sobre que se fundan las leyes anatomo-fisiológicas anunciadas en el capítulo precedente. En efecto; con ocasión del análisis del axón de las **células estrelladas pequeñas de la capa molecular del cerebelo**, se describe por primera vez el **modo real de terminación de las fibras nerviosas en la substancia gris**, problema sobre el cual sólo poseíamos soluciones hipotéticas. Esta interesante observación, comprobada después por numerosos autores (Kölliker,

van Gehuchten, Retzius, Edinger, V. Lenhossék, Athias, etc.), corresponde al cerebelo de los mamíferos. Nótese cómo el cilindro-eje de las referidas **células estrelladas pequeñas** marcha desde luego en dirección transversal a la circunvolución cerebelosa, describiendo un curso arciforme, y emitiendo numerosas ramas colaterales, caracterizadas por la propiedad de espesarse progresivamente. En fin, tanto el remate de la expansión funcional como sus numerosas proyecciones descendentes, se resuelven en ciertos flecos o borlas terminales, íntimamente aplicadas al cuerpo de las células de Purkinje, en torno de las cuales generan a modo de nido o cesta complicados.

Digno de mención es también, por su valor teórico, el **encuentro en la capa de los granos** de un tipo especial de fibra centripeta, bautizada con el nombre de **fibra musgosa**, la cual exhibe, tanto en su cabo final como en sus ramas colaterales, ciertas eflorescencias o **rosáceas**, de apéndices cortos, tuberosos, libremente terminados. Ulteriores observaciones nuestras pusieron de manifiesto que semejantes excrecencias entran en estrecha articulación con las arborizaciones digitiformes de los **granos**, arborizaciones descritas también por primera vez, dicho sea de pasada, en la comunicación aludida.

En fin, en el citado trabajo se llama asimismo la atención de los sabios acerca de la existencia en derredor de las dendritas de los corpúsculos de Purkinje y, en general, de toda prolongación protoplástica, de una especie de vello de finísimos y cortos apéndices (**espinas peridendríticas**), confirmadas y estudiadas después por numerosos autores.

La segunda comunicación relativa al cerebelo, publicada en agosto de 1888, contiene dos hechos capitales:

a) El descubrimiento del axón delicadísimo de los **granos** (células pequeñísimas de la zona segunda de la corteza cerebelosa), el cual asciende a la capa molecular, donde, a diversas alturas para cada célula, se divide en ángulo recto, produciendo dos sutilísimas proyecciones, que designé **fibras paralelas**, a causa de marchar parale-

lamente en el sentido de la circunvolución cerebelosa, y por tanto, en dirección normal al ramaje de las células de Purkinje, aparecen en cantidad formidable, rellenan todos los intersticios de la zona molecular y, tras largo e indiviso trayecto, acaban en los extremos de cada lámina. Tan general es su existencia y uniforme su disposición, que se las encuentra casi con los mismos caracteres en toda la serie de los vertebrados, desde el pez hasta el hombre. Constituyen, pues, un factor importante del centro cerebeloso.

b) El otro afortunado encuentro es el de las **fibras trepadoras**. Estos robustos conductores emanan de los ganglios de la protuberancia; invaden el eje blanco central de las láminas cerebelosas; cruzan, sin ramificarse, la capa de los granos; asaltan después el plano de las células de Purkinje, y costean, en fin, el soma y tallo principal de estos elementos, a los cuales se adaptan estrechamente. Arribadas al nivel de los primeros brazos del citado tronco dendrítico, descompónense en plexos paralelos serpentantes que ascienden a lo largo de las ramas protoplásmicas, a cuyo contorno se aplican, al modo de la hiedra o de las lianas al tallo de los árboles.

Tan afortunado hallazgo, uno de los más bellos que me dispensó el azar en aquella época fecunda, significaba la prueba terminante de la **transmisión de los impulsos nerviosos por contacto**. Así lo reconocieron sabios insignes al comprobar, años después, mi descripción de las fibras musgosas y trepadoras”.

Esta serie de hechos —y, con ellos, los precedentes del estudio micrográfico de la retina, la médula espinal y el lóbulo óptico de las aves— tuvieron en la mente de Cajal una consecuencia de carácter estético y otra de índole netamente científica, intelectual.

¿Cómo no ver en los nombres que Cajal da a sus descubrimientos y a la descripción de las formaciones histológicas a que se refieren —**fibras musgosas, eflorescencias rosáceas, nidos pericelulares, espinas peridendríticas, fibras trepadoras** que se aplican a la dendritas “al modo de la hiedra o de las lianas al tallo de los árboles”... —un trasunto de su ilusión de adelantado y des-

cnubridor en la selva de la América tropical?. No es posible leer esas páginas sin ver en ellas una realización micrográfica de la utopía aventurera de su autor.

Más importante que esta consecuencia estética de los primeros hallazgos cajalinos fue, naturalmente, su consecuencia científica, porque en ellos tuvo su primer fundamento factual la teoría de la neurona. He aquí la primera descripción que, bajo forma de cinco leyes, ofreció Cajal:

1ª. Las ramificaciones colaterales y terminales de todo cilindroeje acaban en la sustancia gris, no mediante red difusa, según defendían Gerlach y Golgi con la mayoría de los neurólogos, sino mediante arborizaciones libres, dispuestas en variedad de formas (cestas o nidos pericelulares, ramas trepadoras, etc.).

2ª. Estas ramificaciones se aplican íntimamente al cuerpo y las dendritas de las células nerviosas, estableciéndose entre ellos un contacto o articulación entre el protoplasma receptor y los últimos ramúsculos axónicos.

3ª. Puesto que el cuerpo y las dendritas de las neuronas se aplican estrechamente a las últimas raicillas de los cilindroejes, es preciso admitir que el soma y las expansiones protoplásmicas participan en la cadena de conducción, es decir, que reciben y propagan el impulso nervioso, contrariamente a la opinión de Golgi, para quien dichos segmentos celulares desempeñarían un papel meramente nutritivo.

4ª. Excluida la continuidad substancial entre célula y célula, se impone la opinión de que el impulso nervioso se transmite por contacto, como en las articulaciones de los conductores eléctricos, o por una suerte de inducción, como en los carretes de igual nombre.

5ª. Teoría de la polarización dinámica. El soma y las dendritas poseen conducción axípeta, es decir, transmiten las ondas nerviosas hacia el axón. Inversamente, el axón o cilindroeje goza de conducción somatófuga,

propagando los impulsos recibidos por el soma o por las dendritas hacia las arborizaciones terminales nerviosas”.

No es posible leer estos textos de Cajal sin recordar dos intensas emociones suyas, una como descubridor, otra como padre. Había dicho Hensen: “Nadie ha visto en el embrión el cabo libre de un nervio en vías de crecimiento”. Y Cajal responde con orgullo: “Yo tuve la fortuna de contemplar por vez primera ese fantástico cabo del axón en crecimiento. En mis cortes de médula espinal del embrión de pollo de tres días, mostrábase este cabo a modo de conglomerado protoplásmico de forma cónica, dotado de movimientos amiboides. Pudiera compararse a un ariete vivo, blando y maleable... Esta curiosa maza terminal fue bautizada por mí: **cono de crecimiento**”.

La emoción paterna se la produjo la muerte de su hija Enriqueta, víctima de una meningitis tuberculosa. Escribe Cajal: “¡Pobre Enriqueta!”... Su imagen pálida y doliente vive en mi memoria asociado, por singular y amargo contraste, a uno de mis descubrimientos más bellos: **el cilindro-eje de los granos del cerebelo y su continuación con las fibrillas paralelas de la capa molecular**. Acaso en la tan triste ocasión fue la angustia despertador soberano. Continuamente desolado, y rendido de fatiga y de pena, dí en la manía de embriagarme, durante las altas horas de la noche, con la luz del microscopio... Y cierta noche aciaga, cuando las tinieblas comenzaban a abatirse sobre un ser inocente, brilló de repente en mí espíritu el resplandor de una nueva verdad”.

No hay muchos textos en la historia de la ciencia en que da tan patético modo se asocien entre sí el gozo del descubridor y el dolor del hombre, del simple hombre.

Pero la vida y la vocación obligan a seguir. ¿Qué hubiera sido de la historia de la humanidad si el imperativo de ese sencillo verbo —seguir— no hubiera actuado en la conducta de los hombres? La importancia de los hallazgos y la novedad de las ideas que Cajal ha conquistado entre 1888 y 1889 exige de él un esfuerzo para que unos y otras logren vigencia en el mundo de los sabios. A ello, pues.

En octubre de 1889 va a celebrarse en Berlín un congreso de la **Deutsche Anatomische Gesellschaft**. Cajal concurre a él, y en él consigue, ayudado por Kölliker —que con sorpresa y entusiasmo ha contemplado las preparaciones aportadas por el investigador español—, un pleno reconocimiento de sus innovadores, revolucionarios descubrimientos.

El profesor que dos años antes había llegado a Barcelona como aspirante a sabio, y es, y hasta su muerte seguirá siéndolo, sabio universal.

Como la más fehaciente evidencia lo demuestran las cifras. “Durante el año 1984 —tomo el dato de López Piñero—, Cajal fue el autor **clásico** más citado en las 3.000 revistas que se tienen en cuenta para elaborar el **Science Citation Index**. Tuvo exactamente 382 citas, cifra por encima incluso de la correspondiente a Albert Einstein (336), y muy superior a las obtenidas por otros creadores de las grandes modelos de la biología contemporánea, como Charles Darwin (239), Cl. Bernard (151), Rudolf Virchow (108) y Charles Sherrington (95)”.

El año 1892 termina la etapa barcelonesa de Cajal. Se le quiere retener en la Ciudad Condal. Por mediación de Batlles se le ofrece una plaza de micrógrafo, decorosamente remunerada, en el Laboratorio Municipal. En él trabajaba Ramón Turró.

De haber seguido Cajal en Barcelona, ¿se hubiera producido una colaboración eficaz entre los dos sabios, el metódico y ya consagrado y el inquieto y todavía ascendente? No lo sabemos y nunca podremos saberlo.

Atraído por las posibilidades que le ofrecía la cátedra de Madrid, ganada en oposición con Simarro, hacia ella se inclinó el investigador que en Barcelona había conocido “su año cumbre, su año de fortuna” (1888) y “su Domingo de Ramos” (años 1889-1890) de su espléndida carrera científica.

EL ESPAÑOL

Más de una vez pensaría Cajal a lo largo de su vida que la más importante de sus hazañas científicas —el descubrimiento de los

hechos histológicos que dieron lugar a la teoría de la neurona y la elaboración doctrinal de ésta— tuvo su sede en Barcelona.

Por mi parte, pienso que la obra de Cajal, y dentro de ella la teoría de la neurona, constituye la máxima contribución de los españoles a la historia de la ciencia, y estoy seguro de que en 1905, cuando con motivo de la conmemoración del III Centenario de la Publicación del **Quijote**, proclame el “quijotismo del trabajo científico” como consigna para la regeneración de España, en sus desvelos y afanes de Barcelona pensaría muy en primer termino.

El algo más pudo pensar; en algo que ineludiblemente viene a las mentes de todos los amigos y admiradores de Barcelona. Pudo pensar Cajal, en efecto, que las tres más importantes gestas históricas de España, en Barcelona tuvieron parte esencial de su sede. Intentaré demostrarlo.

El descubrimiento de América aconteció, claro está, en las costas de Guanahani. Pero el ingreso “oficial” de ese descubrimiento en la historia universal tuvo lugar, como todos saben, en el Palau del Tinell de Barcelona. En Barcelona quedó firmada el acta de nacimiento de América. Tanto como su Olimpiada debe celebrar Barcelona, en 1992, ese grande y singular suceso.

La máxima hazaña literaria de España ha sido, nadie lo ignora, la publicación del **Quijote**. Don Quijote nació en la Mancha, y de una de sus aldeas salió a redimir el mundo de la injusticia y la ignorancia. Muy cierto. Pero el lugar más remoto de sus andanzas fue Barcelona, y en Barcelona logró admitir sus altas y significativas experiencias: descubrió, en efecto, el mar, la imprenta y la melancolía.

El mar: “Vieron Don Quijote y Sancho el mar —escrive Cervantes—, hasta entonces dellos no visto; parecióles espaciosísimo y largo, hasta más que las lagunas de Ruedera, que en La Mancha habían visto”. El poeta Juan Maragall veía en un verso de **La Divina Comedia** la más viva y sugestiva expresión del gozo de contemplar la belleza del mundo: **connovi il tremolar della marina**. Con el recuerdo de las lagunas de Ruedera irónicamente injerido por Cervantes para quitar toda solemnidad el magno des-

cubrimiento de su héroe —viendo el mar descubre el hombre la gradeza y el límite de existir sobre la tierra—, viviría el alma poética de Don Quijote esa deliciosa y animadora experiencia dantesca.

La imprenta: “Yendo por una calle —¿cuál sería?—, abrió los ojos Don Quijote y vio escrito sobre una puerta, con letras muy grandes: **Aquí se imprimen libros**, de lo que se contentó mucho, porque hasta entonces no había visto imprenta alguna”. En esa imprenta se adentra, conversa con sus operarios, hace gala de su italiano y, en definitiva, enriquece su mente.

La imprenta es acaso el signo más distintivo y el más poderoso instrumento de cultura del mundo moderno. Desde su mundo —anacrónico, caballeresco, soñado— a él se asoma por vez primera Don Quijote. No parece un azar que fuera precisamente en Barcelona.

La melancolía: En la playa de Barcelona es derrotado Don Quijote por el Caballero de la Blanca Luna, y allí comienza a padecer su organismo al flujo de melancolía que le moverá a regresar a su aldea, para en ella agravarse y conducirlo, tras la cordura, a su muerte ejemplar. “Melancolías y desabrimientos le acabaran”, fue el parecer del Médico. Enseñó Aristóteles que un puntito de exceso en la proporción de la melancolía es condición necesaria para que se constituya y manifieste la eminencia anímica de los hombres. Así había de demostrarlo Don Quijote en Barcelona, lugar el más extremado de cuantos su locura le hizo recorrer.

En el verso final de su **Oda nova a Barcelona**, Maragall llama a su ciudad **la gran encisera**. Tres siglos antes, Don Quijote la había visto como “archivo de cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos, correspondencia grata de firmes amistades, y en sitio y belleza, única”.

Cronológicamente situado entre uno y otro, así vendría el recuerdo de Barcelona a la memoria de Cajal cuando, recapitulando los fastos de su vida, reviviera la experiencia de contemplar por vez primera, bajo el objetivo de su microscopio, las fi-

bras musgosas, las eflorescencias rosáceas, los nidos pericelulares, las fibras trepadoras, los conos de crecimiento, todas las mi-

núsculas formaciones neurológicas que habían de hacerle mundialmente famoso.